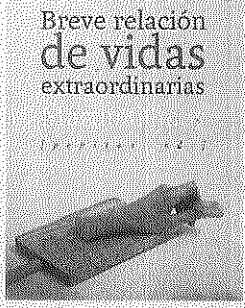
Piltrafas del arrabal

Breve relación de vidas extraordinarias, la vuelta de la escritura incisiva y burlesca de **Martín Olmos**

ALEJANDRO M. GALLO

El volumen de **Martín Olmos** (Bilbao, 1966) **Escrito en negro** ganó en 2014 el Premio Rodolfo Walsh entregado en la Semana Negra de Gijón a la mejor obra de no ficción en lengua castellana, el Premio Euskadi de Literatura y el Premio Café Bretón. Como ya dijimos en estas páginas por aquel entonces, se trataba de un excelente trabajo literario y de investigación en el que recorría esos «momentos lamentables» (en el sentido dado por **Orwell** al término) de ciertos personajes de y en la historia, que «nos hacen reír, pero que ninguno es alegre», que diría **Gorki**. Así, conocimos las razones o sinrazones por las que **William Burroughs** le voló la tapa de los sesos a su mujer después de que ambos jugasen a **Guillermo Tell** con un vaso de whisky sobre la cabeza de la dama; las causas por las que **Norman Mailer** acuchilló a la suya con un abrecartas; los vaivenes vergonzantes y vergonzosos de los generales **Galtieri** y **Millán Astray**; los motivos ajenos a su voluntad por los que **Ringo Bonavena** recibió varios balazos a la puerta de un burdel en Nevada; o la habilidad de Paco el Muelas para venderle un tranvía a un primo suyo o nuestro.

Ahora, Olmos regresa a las librerías con otro volumen de título **Breve relación de vidas extraordinarias**, y sigue fiel a ese estilo rebosante de recursos literarios, pluma incisiva, burlesca y afinada, que por momentos nos recuerda al maestro don **Francisco de Quevedo y Villegas**. En esta entrega disecciona treinta historias de piltrafas del arroyo, de juguetes rotos por el destino o su mala cabeza, o asesinos en serie con la empatía de un Alien o un Depredator. Es un viaje, una aventura, en busca de las perversidades en las vidas de ilustres, santos, asesinos, monjas, curas y orates, envueltos en fragmentos de tango genovés con letra del poeta, cantor y guitarrero Alfredo Navarrine, que se asientan sobre aquella máxima de **Cervantes**: «Cada uno es como Dios lo hizo, aun peor muchas veces». Martín Olmos vuelve a sumergirse en la vida de la canalla para encontrar en ellos ese instante que Norman Mailer definió como «otro episodio en mi vida en el que no puedo encontrar nada agradable ni nada de lo que sentirme orgulloso», dicho por el insigne escritor cuando con-



Breve relación de vidas extraordinarias

Martín Olmos

Pepitas de Calabaza; 145 páginas; 11 euros

siguió la liberación de **Jack Abbott** de la cárcel por considerarlo inocente y a las pocas semanas de libertad volvió a asesinar con una crueldad extrema.

Breve relación de vidas extraordinarias nos hablará y descubrirá personajes arrinconados por el tren de la historia. Así nos presentará a **Anatoli Vasílievich Lunacharski**, al que acusa de teocida: «abrió un proceso contra Dios, lo condenó a muerte y lo mandó fusilar». No sabemos si por esto o por otra virtud similar, **Joseph Stalin** lo nombró embajador en España en 1933. O al más enigmático **Albert Elder von Filek**, que estafó en 1940 a **Francisco Franco** diez millones de las antiguas pesetas, asegurándole que convertiría el agua del Jarama en petróleo y casi consigue que el dictador se viese a sí mismo como un magnate petrolero tejano, enfundado bajo un slouch hat con un wild rag al cuello y tacones walking heef en las botas del Far West. Reseña merece también Ramón Clemente y García, que una noche de la Semana Trágica desenterró una monja jerónima y fue bailando con el cadáver hasta las puertas de la mansión del Marqués de Comillas, hecho por el que lo condenaron a muerte sin tener en cuenta el atenuante de «notoria subnormalidad». Tampoco debemos olvidarnos de Walter Harris Wiggins, que cumplió condena en Alcatraz por ser un entusiasta sexual del reverso de las mulas, cuestión penada en aquel entonces. A este inventario se suma Nguyen Ngoc Loan, cruel general vietnamita defensor de Saigón ante el avance de los chicos de Hô Chí Minh, al que **Oriana Fallaci** sorprendió lagrimeando frente a una postal con la imagen de Cristo. Y así sigue Olmos con más «orates y asesinos, monjas, cerdos y dos flatosos, una niña muerta, algún fragmento de tango, varios curas, anáforas, frecuentes procacidades, un truco o dos, una docena de penitencias [...], veintitrés putas y dos parientes» (p. 137). En conclusión: no leer ni disfrutar estas páginas debería figurar en el Código Penal como delito muy grave.